

Mandela y El francotirador paciente

Sandra Chaparro Martínez

Traductora y Doctora en Historia

signo de los
tiempos

Recibido 8 de mayo de 2014
Aceptado 5 de febrero de 2015

RESUMEN: La muerte de Nelson Mandela ha llenado las librerías de múltiples biografías del líder sudafricano. Mandela se ha convertido en una leyenda, en un héroe que, como Gandhi o Martin Lutero King, ha ocupado su lugar en nuestro registro de ejemplos a seguir. En estas páginas me gustaría comparar a esta gran figura con el héroe de la novela de Arturo Pérez-Reverte, un grafitero anónimo, empeñado en una lucha sin cuartel contra un sistema al que acusa de haber difuminado las fronteras entre lo real y lo irreal.

PALABRAS CLAVE: Mandela, Sudáfrica, Pérez-Reverte, Stengel.

Hace más de un año los titulares de los periódicos del mundo entero publicaron: «Nelson Mandela ha muerto». La prensa de nuestro país hablaba de un sentimiento de profunda y dolorosa pérdida, de esa incansable lucha por la libertad que le granjeara el respeto de todo el mundo, de la humildad, de la compasión que le valió el amor de todos. En las imágenes del funeral y entierro tuvimos ocasión de ver cómo ciudadanos de todas las razas mostraban su pesar por la muerte del primer presidente negro de Sudá-

frica. Mandela, se nos ha dicho, se fue como vivió: luchando.

Sus múltiples biógrafos trazan la semblanza de una personalidad irrepetible. El mundo despedía a un líder político, a un luchador por las libertades, pero hoy Mandela es mucho más que eso. Tras su muerte hemos asistido a la publicación de numerosos libros sobre su vida y su lucha, descritas con fruición en un mundo como el nuestro, carente de héroes, huérfano de ejemplos. A los problemas políticos y económicos se suma en Occidente una crisis de valores de dimensio-

nes aterradoras. El mundo actual cuenta con un registro de valores más amplio que nunca, puesto por escrito en numerosas *cartas magnas* y defendido sin rubor en los foros internacionales. Pero el ciudadano medio se halla atrapado entre unos valores que dice compartir y defender incondicionalmente y una sociedad que fomenta la competitividad, la violencia y el «sálvese quien pueda». Los historiadores sabemos que en toda cultura existe un desfase entre los valores que se dicen defender y aquellos por los que se rigen realmente las sociedades, pero la brecha que se ha abierto hoy ante nuestros pies parece mayor que nunca.

¿Acaso la lucha por las libertades, la autenticidad, la honestidad o la sinceridad han desaparecido del panorama futuro? ¿Ya no interesan al lector moderno? Los expositores de las librerías nos dicen lo contrario. Desde los anaqueles nos contemplan múltiples ensayos y novelas que narran historias de vidas ejemplares pensadas, entre otras cosas, para guiar a unas nuevas generaciones que viven en un mundo individualista y mercantilizado. Los jóvenes ya no creen, como creíamos nosotros, en un futuro mejor. En cuanto a la ética: ¿qué hacer cuando todo a tu alrededor es corrupción, nepotismo y

desfalcos públicos, cuando no hay modelos que seguir?

En relación a estos asuntos me gustaría recomendarles la lectura de dos estupendos libros. El primero es una biografía del gran líder surafricano Nelson Mandela ¹. El autor, Richard Stengel, colaboró con el mandatario en la redacción de su autobiografía: *El largo camino hacia la libertad*. El segundo, la novela de Arturo Pérez-Reverte: *El francotirador paciente* ², que narra la historia de un conocido artista del grafiti, promotor de acciones callejeras al límite de la legalidad y peligrosas para los participantes. Nadie ha visto su rostro, que oculta bajo la amplia capucha de una sudadera; nadie sabe su paradero. Tanto el Mandela de la biografía como Sniper [Francotirador], el grafitero de la novela, son figuras ejemplares dedicadas a librar una lucha contra el sistema en el que les toca vivir. Contrastarlos nos ayudará a comprender algo mejor el giro que han dado nuestros mo-

¹ RICHARD STENDEL, *El legado de Nelson Mandela: quince enseñanzas sobre la vida, el amor y el valor*, Planeta, Madrid 2010. He elegido esta de entre todas las biografías disponibles por la claridad con la que se exponen en ella los valores defendidos por Mandela, pero hay muchas otras que el lector interesado puede consultar.

² ARTURO PÉREZ-REVERTE, *El francotirador paciente*, Alfaguara, Madrid 2013.

delos de conducta. Aunque también nos invita a reflexionar sobre las dimensiones del cambio y la existencia de nuevas formas de acción que tal vez podamos elevar a los altares del ejemplo.

En el caso de Mandela, el retrato que pintan sus biógrafos es bastante tradicional. Ya en la introducción se nos familiariza a grandes rasgos con un hombre único e irrepetible: generoso sin ser pródigo, duro pero sensible, elegante, correcto, meticoloso, tranquilo y muy seductor. Un hombre activo, siempre dispuesto a defender lo que creía justo y a reparar la injusticia, sabedor de que la vida no requiere solo de valores sino también, y sobre todo, de acción. Los lectores más familiarizados con las obras de la hagiografía cristiana reconocerán en el retrato que se nos presenta muchos de los rasgos que ostentan gran parte de nuestros santos. Su presencia era radiante, se nos dice, luminosa. Generoso, divertido, optimista y seguro de sí mismo hacía sentir mejor a la gente a su alrededor; dicen que en su compañía siempre se tenía la sensación de estar viviendo un momento histórico. El dominio de sí mismo, la disciplina y la concentración que adquiriera en la cárcel lo convirtieron, en opinión de Stengel, en *un ser humano completo*: «mesurado», «contenido»

y «equilibrado». Un hombre de acción que no muestra su carácter a los demás hablando de intenciones sino predicando con el ejemplo.

Según Mandela, para actuar hacen falta ciertas cualidades como coraje, equilibrio, capacidad de liderazgo o empatía. Pero estas cualidades han de ponerse en actos en nuestra vida cotidiana. Así, por ejemplo, el coraje es algo que se *elige*, una forma de actuar. El mandatario africano opinaba que nadie nace valiente porque el valor no es la ausencia de miedo sino aprender a superarlo. El coraje surge, dice, de dar la cara con entereza. Todos podemos llegar a ser valientes resistiéndonos al temor día a día.

Mandela sabía bien que los líderes no solo deben liderar; es necesario que se les *vea* liderar, pues son un ejemplo de acción susceptible de engrosar el conjunto de ejemplos históricos que conservamos y procuramos imitar. Nelson levantaba el ánimo a la gente, impulsándola a la acción sin alterar su forma de conducta ordinaria. Tomaba la iniciativa cuando nadie más lo hacía y estaba dispuesto a morir por sus ideales como si se tratara de la cosa más normal del mundo: tenía *estatura moral* y consideraba que liderar, ponerse al frente y ser guía de otros seres humanos, también implicaba una gran responsabilidad. Siempre hay que estar

dispuesto a rendir cuentas, decía, aunque nadie te las pida.

Probablemente fuera muy consciente de la calidad de símbolo que había adquirido. Mucho antes de Internet, Mandela ya pensaba seriamente en cómo interpretarían sus *acciones* los votantes o los medios de comunicación. Sabía que las imágenes poseen el tremendo poder de determinar cómo se nos percibe. En una ocasión comentó que las apariencias estaban sustituyendo a la realidad. Era consciente de que hay momentos (como el nuestro) en los que los símbolos eclipsan la esencia de las cosas, y procuró aunar símbolo y esencia tanto en su persona como en su actuar cotidiano. Había leído las vidas de los héroes antiguos y conocía bien el valor del ejemplo. Cuando se retiró señaló que actuaba como el líder romano Cincinato, quien, tras salvar a la República, renunció al poder para vivir una vida tranquila en su granja.

La descripción del líder que tenemos entre manos parte de una concepción bondadosa de la naturaleza humana. Mandela consideraba que todo el mundo era bueno mientras no se demostrara lo contrario. Creía que la maldad se debe a las circunstancias, el entorno o la educación, que los malvados son tanto víctimas del sistema como responsables del mismo.

Pensaba que la única forma de alterar las conductas inadecuadas era comportándose respetuosamente, incluso con aquellos que quizá no lo merezcan, para forzar cambios de actitud a través del ejemplo. La necesidad de traducir todo en conductas que propugna requiere de mucha paciencia: no se cambia de actitud súbitamente tras una recomendación, alterar nuestra forma de actuar y la de los demás lleva su tiempo. *A la larga* era una de sus exclamaciones favoritas. Mandela era un corredor de fondo y un pensador de larga distancia que juzgaba a los demás por su conducta durante una vida entera, no por sus reacciones en una situación determinada. Su defensa de la acción como formadora de carácter no implica un rechazo al intelecto o su capacidad para guiarnos, aunque solía decir que lo único que nos impulsa en la dirección correcta es ese amor que nos mueve a la acción, que nos impulsa a dar la cara y a convertirnos en seres humanos a través de la interacción con los demás. Según un antiguo proverbio zulú: «Una persona es persona a través de otras personas». Los zulúes consideran que toda personas es, fundamentalmente, parte de una complejísima red formada por todos los seres humanos; una idea que está en las antípodas del individualis-

mo que rige Occidente desde hace siglos.

La filosofía de Mandela es directa, está volcada en la acción y es exigente en los principios. Lo que le convierte en un líder fascinante y diferente es la importancia que siempre dio a la necesidad de que cada uno se imponga sus propios principios en vez de seguir acriticamente modelos ajenos. Cada cual debe cultivar su huerto, afirmaba, pero, a diferencia del Cándido de Voltaire, no creía que hubiera que retirarse del mundo para hacerlo; en el mundo de Mandela el huerto no es un lugar de retiro sino de renovación.

Nuestro segundo héroe es Sniper, el Francotirador de la novela de Arturo Pérez-Reverte y líder, no de una nación, sino de jóvenes urbanos, clandestinos y nocturnos, ágiles, vestidos con vaqueros, sudaderas y deportivas. Se mueven en la oscuridad y llevan botes de pintura escondidos en sus mochilas para firmar con ellos en muros, trenes y otras superficies. Hay quien los considera inconformistas y quien ve en ellos a artistas, creadores de arte urbano al margen de los museos y los mercados. La protagonista de la novela nos invita a recorrer con ella diversas ciudades de Europa en busca del más famoso de los grafiteros del momento: Sniper. Casi nadie le ha

visto la cara, es un guerrero solitario cuyo anonimato intensifica el morbo del personaje. En el fondo, nadie quiere saber quién es, decepcionaría ponerle cara y nombre. Convoca actuaciones fuertes y espectaculares a través de Internet, pintadas callejeras, mensajes de móviles y el boca a boca, y ha llegado a crear algo así como una comunidad internacional de escritores de paredes. Sus seguidores se consideran soldados, una especie de legión extranjera, clandestina y urbana, donde nadie pregunta a nadie por su vida anterior. En palabras de uno de los personajes de la novela: «Cuando hueles la pintura fresca que ha dejado otro escritor en esa misma pared [...] te sientes parte de algo, te sientes menos sola, menos nadie»³. La pieza de cada grafitero se inserta en un lienzo más grande, en el marco de la ciudad.

De las páginas de la novela se desprende que la ilegalidad es un elemento esencial de la actividad artística de los grafiteros. Si es legal no es grafiti, señalan los jóvenes artistas cuando las autoridades urbanas les invitan a intervenir en una exposición colectiva al aire libre sobre arte urbano, nuevas tendencias y demás. Califi-

³ ARTURO PÉREZ-REVERTE, *op. cit.*, 37.

can al arte convencional de «basura para borregos» que gusta a la gente sometida al sistema, a artistas que se venden. Lo que acaba consagrando a Sniper como ejemplo en las páginas de esta novela es precisamente el hecho de que se niega a seguir el juego del arte callejero «domesticado». Sus legiones se componen de guerreros de pocas palabras, agresivamente individualistas, que procuran *no* actuar según los parámetros habituales.

No todos los jóvenes artistas que encontramos en las páginas del libro son tan radicales como Sniper. Los hay que se han integrado en la sociedad y otros que se han subido, aunque solo sea a medias, al carro del mercado del arte. La diferencia entre Sniper y ellos es que Sniper parece tener una *ideología*. Afirma que pinta para saber quién es y por dónde pasa, para que sepan su nombre. En la novela le describen como un paracaidista, un *outsider* de los que, en el fondo, no forman parte del grupo al que aparentemente pertenecen. Uno de esos hombres que organizan a la gente y acaban siendo sus jefes. Sniper siempre conserva la calma y el equilibrio aunque le persiga la policía: es una leyenda.

Sus seguidores le son leales hasta la muerte porque sabe llegar al fondo de la gente, apelando a cosas

que llevan dentro, y hacerles sentir mal si no cumplen. El francotirador anónimo lucha contra la hipocresía y el sometimiento a sistemas políticos y económicos. Convierte al arte y su mercantilización en el buque insignia de su «ideología». Denuncia a un mercado corrupto que esclaviza y hunde en el olvido las razones que llevan a la gente a crear y expresarse. Arremete contra los críticos de arte comprados, contra quienes se dejan domesticar para comer caliente. Utiliza los grafitis como si fueran un arma y moviliza a los demás como si de soldados se tratara, combatientes que saben lo que es ser perseguido, tener que esconderse en medio del frío, viajar sin dinero ni comida o dormir debajo de un puente. La calle, dicen los grafiteros, es el único sitio donde sabes que algo es real. Allí, el arte urbano adquiere vida destapando la duda y el engaño y exponiendo a la mirada de la gente lo que hay más allá de la manipulación de la realidad a la que nos exponen las sociedades modernas. Sniper está inmerso en una guerra radical contra la estupidez, el contagio social, la televisión y el consumo desenfrenado y sin sentido. Sus actuaciones apuntan al corazón de una sociedad que todo lo compra y quiere controlarlo todo; de ahí que se mueva en un terreno ajeno a los valores que ésta impone. Su arte quiere

estar por encima de las leyes morales y sociales de su tiempo. Recurre a la ilegalidad callejera para denunciar la arrogancia de las instituciones corruptas mediante una forma de expresión no sujeta a poderes o jerarquías. Ofrece su arte al mundo como símbolo y advertencia.

Hombre de acción, Sniper entiende que el arte sólo sirve para expresar la vida, para despertar los sentidos y la inteligencia y lanzar un desafío. *El arte no es un producto, es una actividad.* Existe gente que sueña y se queda quieta y gente que sueña y hace realidad lo que sueña, o lo intenta, dice este joven héroe anónimo moderno que afirma ser libre, no fiarse nunca de las apariencias y no deber nada a nadie. No ama a la humanidad a la que intenta redimir, no cree que la naturaleza humana sea bondadosa. Afirma que la humanidad no merece sobrevivir porque ya no quedan inocentes.

¿Qué nos dicen estas dos lecturas cruzadas? Llama la atención, en primer lugar, que coincidan en el tiempo dos ejemplos de acción tan diferentes. Las biografías de Mandela nos hablan de un modelo de virtud humana que nos resulta familiar, aunque pocas veces tengamos la ocasión de contemplarlo en acción. La novela de los grafiteros, en cambio, nos enfrenta a nuevas

formas de entender la acción y fijar ejemplos. En ambos casos contamos con líderes carismáticos, conscientes de que una acción vale más que mil palabras, descontentos con el funcionamiento de las sociedades en las que les toca vivir y dispuestos a movilizar a sus congéneres en una lucha por las libertades y contra la hipocresía. El objetivo perseguido por ambos personajes es muy similar; la forma de lograrlo, por medio de actos y no de palabras, también. Ambos practican en privado los valores que exponen en público: son grandes porque han vencido sus defectos, no porque no los tengan. Los dos parecen hacer suyas las palabras de Gandhi cuando afirmaba que nunca debe perseguirse un objetivo noble con medios innobles o corruptos. Sin embargo, ambos relatos nos dejan un sabor de boca totalmente diferente, probablemente debido a que ambos héroes ejemplares parten de principios opuestos. Mientras Mandela afirma confiar en la bondad de la naturaleza humana y en la posibilidad de construir un mundo mejor, Sniper señala que los hombres no son buenos por naturaleza y dice ser consciente de que cualquier otro mundo sería peor que el presente. Como entiende que la naturaleza humana está irremediablemente corrupta no busca denunciar las contradicciones de nuestro tiempo sino acabar con él. Donde Mande-

la quiere destruir para reconstruir, Sniper se inclina por la destrucción a secas. Si Mandela se enfrentaba a la justicia a cara descubierta, Sniper se mueve siempre en la oscuridad y el anonimato. Es un guerrero sin rostro que vive para «despertar» de su letargo a millones de ciudadanos. Entiende que para devolver a las personas el sentido de la realidad hay que enfrentarlas al temor y la tragedia. Mandela se propone trabajar a partir del amor y la compasión, Sniper pretende sacar a la gente del sueño en el que transcurren sus vidas a través del miedo.

Mandela es el arquetipo tradicional de héroe, capaz de asumir desafíos de gran trascendencia, de

soportar grandes tribulaciones y tragedias. Lo sorprendente y preocupante de los nuevos héroes urbanos probablemente sea su falta de esperanza en un mundo mejor, su falta de fe en la naturaleza humana, su increíble capacidad para la crítica, perfectamente justificada, a la hipocresía de las sociedades actuales y su escasa capacidad para imaginar alternativas constructivas: espanta su desencanto. El mismo que empieza a calar en todos nosotros cada vez que vemos un noticiero o cogemos un periódico en el que hemos tenido que aprender a leer entre líneas. ■